

el deseo que tiene de que la fe católica se dilate en toda su monarquía, y especialmente entre los infieles, me ha parecido poner a los ojos de V. M. las empresas en que se ocupan muchos varones apostólicos de esta provincia de la Compañía de Jesús, que están en este reino de Chile, para que V. M., con su piadoso celo, disponga los medios más convenientes, para que los ministros de V. M., no sólo no estorben, sino antes bien fomenten este santo ministerio, cuando es tan del agrado de Nuestro Señor y de V. M.

Señalóme la obediencia por Visitador y Provincial de esta provincia, y por eso me fué necesario visitar las misiones que están al cuidado de esta Compañía y conocer el fervor con que aquellos Padres se aplican a la conversión de aquellos ciegos gentiles, y hallé que en ellas se verifica con claridad lo que el Señor dijo, que enviaba a sus apóstoles como corderos entre lobos. Porque lobos son y tigres estos pobres gentiles, y entre todas las naciones descubiertas, los que con más dificultad se sujetan al yugo de la fe. Lo primero, porque no viven en poblaciones juntamente, sino esparcidos por montes y quebradas, donde, como brutos viven siguiendo las leyes que les dicta su apetito, sin que haya quien les pueda sujetar a la razón política ni cristiana. Que aunque entre ellos hay algunos españoles o mestizos, que llaman lenguas, tan lejos están de aconsejarles el remedio de sus almas, que antes se acomodan al estilo bruto de los gentiles y son de notable daño para la conversión. La segunda dificultad nace de dos vicios. El primero es la embriaguez, a que de ordinario están rendidos, para cuyo fomento usan de varias bebidas que forman de manzana y otras frutas, y por esta causa ofrecen cuanto tienen a los que les conducen el vino; y aunque suelen tener prohibición de que ninguno introduzca este género, el interés obliga a que lo quebranten, aun los mismos que habían de cuidar de la observancia de la prohibición. El segundo vicio es pluralidad de mujeres, pues aunque ellos significan que son criadas compradas, a la verdad se portan con ellas como con sus legítimas mujeres, y el mal ejemplo de algunos españoles que viven descaradamente a su vista con otras mancebas distintas de sus mujeres, los confirma en su perversa costumbre, diciendo que si los cristianos lo hacen, qué mucho que ellos lo practiquen. La tercera dificultad nace de sus hechiceros o embusteros, que les persuaden con sus razones bien ajenas de razón,

con que más los creen a ellos que a los Padres que les predicán la verdad.

»No obstante estas dificultades, estos siervos de Dios hacen sus misiones y les van a buscar a sus retiros, les enseñan la doctrina del cielo, les predicán con singular fervor, y el Señor saca de estas misiones dos sustanciales frutos. El primero es el bautismo de los niños, de los cuales por lo menos la mitad mueren antes del uso de la razón, que consiguen la felicidad de predestinados. El segundo, que oyendo en especial la práctica de los novísimos, muchos o los más llaman al Padre en sus enfermedades y se confiesan, si son cristianos, o se bautizan si no lo son, y cásanse *in facie Ecclesiae* con una mujer, excluidas las otras. Ha habido entre ellos caciques e indios ricos, que no han querido admitir a sus hechiceros que son sus médicos, por no ponerse a riesgo con su comunicación de perder la salvación. Para conseguir este fruto los Padres misioneros tienen sus fiscales que les avisan de los enfermos y sin reparar en la dificultad de los caminos, ni en los crecidos ríos, molestias de agua y dilatados frios, les acuden con grande amor para alistarles en el número de los predestinados, y son de más estimación estos afanes que los que realizan los misioneros de otras provincias, que están en pueblos convertidos, no como entre lobos, sino como entre corderos mansos y obedientes, como es de más estimación cualquiera imprimir un sello en un diamante, que en una blanda cera.

»Entre estas misiones hay dos que no siguen esa regla. La una está ya comenzada y la otra he dispuesto que se renueve ahora. La comenzada se llama de los Pehuenches, en que asisten dos Padres. Es misión, aunque incómoda por el puesto malo y falta de lo necesario, mas se coge mejor fruto del cultivo de las almas, por la falta en los más de la pluralidad de mujeres, y no es tanta la embriaguez y como están retirados estos pobres de los malos ejemplos, abrazan mejor lo que los Padres les predicán. La misión que ahora se comienza es entre los Poyas [de Nahuelhapi]. Esta misión comenzó a fundar un Padre llamado Nicolás Mascardi, que derramó su sangre en la empresa y aunque se continuó no obstante este accidente, el Gobernador de V. M. José Garro dispuso se retirasen los misioneros por razones no muy probadas. Vuélvola a fundar ahora, Señor, no sólo por mi dictamen sino por el de la Junta de Misiones, en que asisten personas muy graves y de sobresaliente razón y celo.



»Si por los siniestros informes que envió a V. M. los años pasados D. Tomás Marín de Poveda, mandaba que en la dicha Junta asistiese uno de los clérigos misioneros, suponiendo que perseverase en el ministerio, hoy dejaron las misiones, y así se ha de servir V. M. mandar que en dicha Junta asista el Provincial de la Compañía y en su ausencia el Superior de las misiones, para que pueda dar razón en dicha Junta así de los progresos, como de los medios más convenientes para la conversión. Las razones que han movido a los de la Junta a esta nueva misión de Nahuelhapi, se reducen a que entre esta gente faltan los dos estorbos dichos de la embriaguez y pluralidad de mujeres, y son gente tan aplicada a nuestra Fe, que habiendo algunos años que se hallan sin Padres, conservan de memoria la doctrina que les enseñó el siervo de Dios P. Mascardi y algunos de ellos han peregrinado por parajes bien ásperos, sólo por confesarse y ponerse en carrera de salvación. Dicen muchos de ellos, que este santo mártir se ha mostrado varias veces, persuadiéndoles que perseveren en lo que él les enseñó y que solicitaría con Dios que enviase Padres que continuasen el cultivo que había comenzado.

»También mandó V. M. que erigiese un colegio seminario para la enseñanza de los hijos de los caciques y así se ejecutó en la ciudad de San Bartolomé de Chillán, donde residen tres sujetos de la Compañía enseñando a diez y seis caciquitos, habiendo costado graves dificultades para sacarlos del poder de sus padres y se hallan por falta de medios casi imposibilitados a mantenerse, pues habiéndoles consignado por Cédula de V. M. cuatro mil pesos, no se les distribuyen, y será gran lástima que se pierda este medio tan eficaz para la conversión de estos indios. Ruego a V. M. humildemente ordene el remedio más conveniente, dándoseles la congrua asignada, como también a los Padres de las misiones que padecen la misma escasez. El Gobernador presente que es D. Francisco Ibáñez, ha visto por sus ojos algunos misioneros y especialmente al Superior de la nueva misión de los Pehuenches y movido de compasión de ver su suma pobreza, le dió un socorro.

»Esto me ha parecido poner a los ojos de V. M., para que su real generosidad fomente estas misiones, así por las razones dadas, como porque el demonio ha movido varias plumas para impedir la continuación, dando a entender que se gasta de balde el ramo de plata que se aplica a estas misiones, cuando otros llevan

más obrando menos y sin ningún riesgo de la vida, como lo están los pobres misioneros y la Compañía no tiene otro interés sino el bien de muchas almas que son hijas de su celo y de su cuidado, como más largamente darán cuenta a V. M. los Padres procuradores que para informar de todo pasan en esta ocasión a los pies de V. M. que son el P. Ignacio Alemán y el P. Domingo Marín.

»Guarde Dios etc., etc. Santiago de Chile, 4 de Julio de 1703 años» (1).

En esta prudente exposición del P. Provincial nos parece ver la medida justa del fruto espiritual que se recogía en nuestras misiones de Chile. Por de pronto lograban los jesuitas asegurar la salvación de millares de párvulos, que morían regenerados por el bautismo. Además, los indios convertidos, aunque volviesen a sus borracheras y crueldades, y viviesen largos años como brutos, pero generalmente al morir se acordaban del misionero, le llamaban a su lado y morían reconciliados con Dios. Por último no faltaban indios, aunque pocos, que una vez bautizados, perseveraban en la práctica de la vida cristiana.

En esta carta no se hace sino insinuar ligeramente los trabajos que padecían nuestros misioneros por la tacañería y enemistad de los Oficiales Reales. Este punto necesita declararse un poco más. Es de saber que nuestros misioneros de Chile, después de afanarse con tantas fatigas y entre mil peligros por la salvación de los infieles se veían tal vez desprovistos de los socorros indispensables para continuar su ministerio. El inmediato sucesor del P. León, en el provincialato de Chile, P. Luis de la Roca, escribiendo al P. Quirós, procurador en Madrid, desahoga su sentimiento y dolor por esta iniquidad y de paso nos suministra algunos datos estadísticos que no debemos desperdiciar. «Espero, dice, del religioso celo y actividad de V. E. que interpondrá su autoridad con esos señores del Consejo, para que estos ministros del Santo Evangelio no sean tan olvidados, o por mejor decir despreciados, de los ministros de nuestro católico monarca, quien por el sudor y sangre que estos siervos de Dios cada día derraman en la conversión de estos infieles, tiene el derecho adquirido a estas tierras. Será de grande lástima si apremiados por la imposibilidad de los medios humanos, se vean obligados a desam-

(1) Arch. de Indias, 73-1-57.



parar sus puestos, aunque con grave dolor de sus corazones, dejando perecer a tantas almas y sintiendo el descrédito que de esto se nos puede seguir.

»Los ministros del Rey no atienden a nada de esto, antes bien se holgaran de que no hubiera misioneros, porque los consideran como acreedores de su propio caudal, que por tal tienen los haberes reales. Pero con los Señores supremos de ese Real Consejo, como tan vigilantes y celosos de la salvación de las almas, solicite V. R. el que den las providencias más urgentes. No deja de causar grave dolor el ver que todos los ministros de Su Majestad que residen en estas partes, como gobernadores, oidores, contadores y oficiales reales y otros muchos, tiran sus rentas y congruas de las cajas de Su Majestad sin que falte un real, y que al llegar el misionero a pronunciar que le socorran con algo, se conjuran todos contra él, alegando que las cajas están empeñadas en millones y propasándose a desatentos arrojados, de que en tantos años no han convertido a todos los infieles, y otras razones tan sin razón, como si los misioneros tuvieran en su mano la conversión de los gentiles, y sin atender a que cada día crece el número de los fieles y que éstos necesitan de párrocos para su conservación. Sólo este año pasado de 1705 por una peste que se introdujo por la tierra adentro de los bárbaros, en las catorce misiones que tiene esta provincia de Chile, con treinta y tres sacerdotes, se bautizaron unos tres mil doscientos párvulos que murieron y de adultos unos mil seiscientos, que acabaron con todos los sacramentos y seguras esperanzas de salvación, y esto a costa de grandes fatigas y peligrosas molestias de la vida de los pobres misioneros, a quienes en dos años no cabales que gobiernan esta provincia, los he ido a visitar a todos dos veces en sus pobres chozas, y esto con increíbles trabajos por tierras tan fragosas y ásperas y muy caudalosos ríos vadeándolos con peligro de la vida.

»En una de estas misiones, que están dentro de la cordillera nevada, que se llama de los Pehuenches, estaban dos Padres sacerdotes, uno el P. Nicolás Vleffert, flamenco de nación y otro hijo de estas tierras, y la noche que yo llegué con mi secretario y hermano compañero, nos dieron a comer carne de caballo, que era el mantenimiento usual de aquel paraje, y le aseguro a V. R. que la necesidad lo sazonó de suerte que me supo bien. De ochenta sacerdotes de que se compone esta provincia de Chile,

los treinta y ocho están en misiones, aunque Su Majestad no paga más que a veinticinco de infieles y a tres del colegio de caciques» (1).

Por esta exposición del P. Provincial entendemos la dura faena que tenían entre manos los jesuitas de Chile. Haber de lidiar constantemente por una parte con la dureza increíble de los indios y por otra con la ingratitud y descortesía de los Oficiales reales, era ciertamente un oficio penoso, y sin duda muy meritorio a los ojos de Dios Nuestro Señor.

(1) Santiago de Chile. Bibl. Nac. *Jesuitas, Chile*, 100, n. 108. La carta es del 29 de Abril de 1706.